

La biblioteca como morada

No fue la biblioteca de un coleccionista preocupado por primeras ediciones y series. No, fue el lugar de un omnívoro lector, con criterios definidos. Su amor no era el fetiche, era el contenido de todas esas páginas que estaban reunidas en aproximadamente dos mil quinientos libros. Una última vuelta por la biblioteca de Elkin Obregón.

Luis Alberto Arango Puerta

1 La palabra que mejor definió a Elkin Obregón fue ecléctico. Era un conciliador de ideas, gustos, tendencias: un sibarita intelectual. Cómicos, arte, literatura, música, teatro, ajedrez. En esencia, un degustador, un excelso catador. Le era tan importante el cine como una buena receta, un buen lance del toreo o un bambuco. Había un halo de sensualidad y sabor en su apreciación estética. Y esto le permitía hacer un excelente retrato de Orson Welles en acuarela o un artículo sobre León de Greiff, Audrey Hepburn o Edmundo Rivero; o una caricatura sin par de la selección Colombia del año 75 o una evocación de Calvin y Hobbes. Todo exquisito, pero en tono menor, vívido, sin pretensión intelectual. Como en un juego.

Y así era su biblioteca: el país de las maravillas. Todo su interés y sus apetencias moraban allí, en su zarzo de cristal, o de marfil, ¡qué sé yo!

En sus estanterías conversaban Bobby Fischer, Álvaro Cunqueiro, Lorenzo y Pepita, Mandrake el mago y Picasso. Benny Moré y Obdulio y Julián. El teatro de García Lorca y la saga completa de Monteiro Lobato. Y cuando decidió dedicarse a la traducción del portugués Brasil se metió en su vida, y sus anhelos se fijaron en la poesía, la novela, el cuento, amén del humor. Y esos libros entraron en su universo: Machado de Asís, Nérida Piñón, Rubem Fonseca, Chico Buarque, Manuel Bandeira, Guimarães Rosa.

La casa donde nació y murió Elkin Obregón tiene 110 años, es decir, es un patrimonio de ciudad. Una vez allí, luego de franquear unas estrechas escaleras, ingresamos a la mansarda, a la buhardilla del caricaturista, el lugar donde la conversación se hacía diversión porque los visitantes habían adquirido su visa de tertuliantes.

Nuestro primer golpe de vista fue una pequeña mesa de centro presidida por quien parecía nunca haberse movido de una silla que semejava el atril del director de orquesta, el señor de casa, que nos recibía cual canciller.

Lo más notorio estaba siempre a su derecha, y era su armoire de libros en ejercicio, sus lecturas diarias, que podían ser *El álbum de dibujos del New Yorker*, *La vida instrucciones de uso*, de George Perec, *Cantiga* de José Manuel Arango, o *Recetas de mis amigas* de Cecilia Faciolince; la revista *El Malpensante* y las *Gazaperas* de Argos. Todo era válido; la radiografía de la informalidad de su biblioteca.

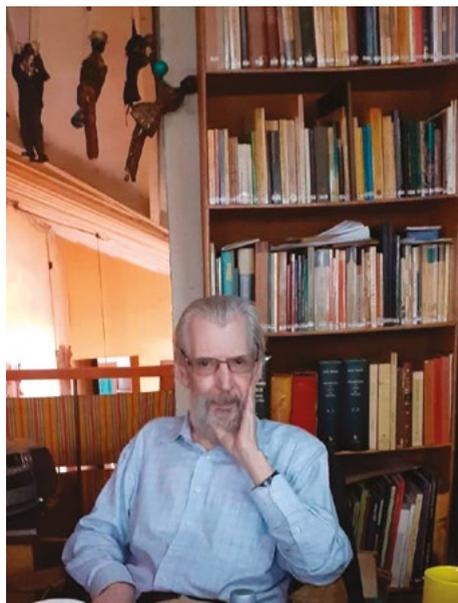
Ese desván era, prácticamente, su habitación en la casa; con-fabulación, si se quiere simbiosis, con sus gustos, sus rutinas; estudio de trabajo gráfico y literario, sala de recibo de amigos, cine y música, complementado por un singular sofá para sus placenteras siestas. Ese ático era su templo, una pátina de revol-tijo permanente que hacía que su dueño le llamara “el hoyo negro”, puesto que todo estaba allí, y no estaba, al mismo tiempo.

El viaje a sus libros era una aventura perfecta, como un safari para diletantes, cuyo único requisito era la curiosidad, la des-prevenición, el asombro. Allí se podían encontrar rarezas, como los cuatro tomos de la enciclopedia *Los Toros*, popularmente conocida como *El Cossío*, un tratado técnico e histórico sobre la tauromaquia desde sus orígenes; una edición de *Pinochio*, dedicada por Federico Fellini al crítico de cine Luis Alberto Álvarez, y que este a su vez regaló a Obregón, su gran amigo; una compilación de la revista de culto, novela gráfica, *Corto Maltesse*, de Hugo Pratt; *las Décimas*, de Violeta Parra; la casi totalidad de la obra de Vladimir Nabokov, incluyendo un escaso y bello libro homenaje al escritor, *El encantador. Nabokov y la felicidad*, de Lila Azam; los libros de Andrés Trapiello, Antonio Machado y Alfonso Reyes. Una primera edición dedicada del libro *Este domingo*, de José Donoso; la traducción, que hizo para la Editorial Norma, de *Poema Sucio*, de Ferreira Gullar. Y una seguidilla de temas diversos: cine, crítica literaria, folclore, etc.

¿Cuál sería el primer libro de sus preferencias? Tal vez los libros de la *Colección Calleja*, que el mismo Obregón denominaba “la antesala de los libros de verdad”. Libros de misterio y aventuras. *Sherlock Holmes*, *Sandokán* y todo el mundo del cómic: *La pequeña*

Lulú, Peter Pan, Tin Tin, Carlitos, El Fantasma, Mandrake el mago, Daniel el travieso, conviviendo con Salgari y Julio Verne; las tiras de Supermán, Batman, Roy Rogers y Spirit (que él consideraba “un prodigio de narración, imagen y diseño”); las revistas argentinas Pif Paf y Billiken, y la chilena El Peneka. Y un autor muy mencionado y querido por él, Monteiro Lobato, influyente escritor brasileiro de literatura infantil, que su papá llevó a casa.

Con el paso del tiempo su biblioteca se pobló de los temas que serían su vida: arte, de todas las tendencias, literatura, poesía, teatro y una miscelánea imponderable que traslucía su universalidad de intereses.



Elkin Obregón en su biblioteca.

©Luis Alberto Arango.

5

Su condición de entendido, entusiasta bibliófilo, y sus oficios alternos de traductor, articulista, antologista y hacedor de crónicas, lo obligaron a tener un arsenal bien dotado: su acopio de libros y materiales diversos. Todo era trazado gracias a previas e intensas consultas. Todo en el zarzo: el testigo de ochenta años de existencia.

No era una biblioteca ejemplar, ni de revista, ni glamurosa. Era su biblioteca, *sui generis*, personal, única. Su “hoyo negro” cargado de contenidos, en plural. Cuando era interrogado por un ejemplar, el dedo de Obregón hacía cabriolas señalando, con insólita precisión, el lugar donde estaba el libro requerido. Jamás se paró de su silla a buscarlo.

Todo estaba en su memoria.

Borges decía que uno es también lo que ha leído, y Obregón añadía las películas vistas y las músicas oídas. Quienes frecuentamos el altillo de cristal fuimos *Alfanhui*, de Sánchez Ferlosio; incursionamos en el nordeste brasileiro gracias a *Gran Sertón: Veredas*, de Guimarães Rosa y en *La plaza del diamante*, de Mercè Rodoreda; fuimos Yul Brynner en *Los siete magníficos*, y leímos, cantamos y gozamos *Funeral de un labrador* de Chico Buarque y *En el tronco de un árbol*, considerado el primer bolero cubano de la historia. Botones de muestra de nuestros inolvidables encuentros semanales durante 50 años.

7.

Un punto de reunión, semisecreto, donde literalmente se hablaba de todo. Una isla rodeada de libros, de opiniones, música, cine, ajedrez, humor; envidiada y envidiable. Un refugio de bohemios en periodo de prueba y otros pasados de añejamiento.

No fue la biblioteca de un coleccionista preocupado por primeras ediciones y series. No, fue el lugar de un omnívoro lector, con criterios definidos. Cuestionado por el destino de sus libros, de su cardumen, con la sinceridad de un estoico, Obregón contestó: "Que hagan con ellos lo que quieran". Su amor no era el fetiche, era el contenido de todas esas páginas que estaban reunidas en aproximadamente dos mil quinientos libros.

3.

9.

A quienes nos tocó la exhumación, el levantamiento literal de sus materiales para ser puestos en un lugar visible al público, fuimos testigos de una vida dedicada al gozo del dibujo, la escritura, la traducción, la cinefilia. Allí convivieron con sus primeros borrones, sus cómics amados, sus libros de tauromaquia, sus títeres, sus tableros de ajedrez, sus ediciones dedicadas por autores conocidos, su música, sus películas, sus revistas, sus chécheres.

La biblioteca era Elkin Obregón. Conversar con él era entrar a una biblioteca oral, después de lo cual ya no se era el mismo.

Luis Alberto Arango Puerta

Administrador, disquero, "tabernícola" y librero, su oficio más persistente y feliz. Fue columnista del desaparecido periódico *Bajo Techo*. Artículos suyos han sido publicados en el suplemento "Generación" de *El Colombiano*, en *El Tiempo* y *El Mundo*. Sus libros: *Desorden alfabético* (2012), *Antología bisiesta* (2015) y *Una razón suficiente* (2018). Socio administrador de la librería Palínuro.

